

En esta ocasión, tan llena de sentimientos, en que la nostalgia de los años vividos, se mezcla con la con la gratitud y emoción por el enorme afecto que recibimos de tantos familiares y amigos, espero representar fielmente el sentir de mis camaradas de armas, Gerardo Covacevich, José Antonio Galván, Percy Richter, Jorge Raby, Heinz Pearce, Fernando Tapia y Jorge Chubretovich.

Entiendo que no va a ser fácil, porque venimos de diferentes escalafones y especialidades. Hemos tenido distintas vivencias, pero estoy seguro de que compartimos similares sentimientos. Espero que estas palabras nos permitan transmitir a quienes hoy nos despiden, el orgullo que significa haber pertenecido a lo largo de toda una vida a la armada. Espero poder hacerlos reflexionar sobre la trascendencia de nuestro servicio a la Patria, y demostrarles que la marina merece todo nuestro cariño y nuestra lealtad, no sólo hasta el momento del retiro, sino por siempre.

En primer lugar, quiero agradecer de todo corazón las palabras del almirante Jorge Huerta, amigo y camarada por más de cuarenta años. El generosamente nos ha transmitido el afecto de la marina, que guardaremos con especial celo junto con nuestros recuerdos marineros. Asimismo, quiero dar gracias al señor Comandante en Jefe de la Armada y a todos quienes participan en esta ceremonia, por el homenaje que nos rinden, y por mantener vivas las tradiciones que motivan a los más jóvenes y alimentan el espíritu.

Agradecemos especialmente la presencia de todos los oficiales presentes, a nuestras familias y a nuestros amigos. Quienes están aquí, nos brindan este marco imponente y tan significativo. Esta solemne y tradicional ceremonia nos entrega un gran apoyo. Gracias por hacer más emotivo y grato este tránsito, que naturalmente, es difícil. Todos sabemos que tarde o temprano llega el día en que hay que dejar el uniforme, y dar paso a las nuevas generaciones. Quienes hemos alcanzado el más alto rango en la armada, nos podemos sentir especialmente afortunados y agradecidos.

Hemos servido a la Patria por más de treinta años, y hemos recibido grandes recompensas, en el aprendizaje, en las vivencias, la amistad, la lealtad, el cariño, y en todo lo que expresa esta ceremonia. Cuando los mas viejos cruzamos el portalón de la blanca casona, la vieja Escuela Naval, o los más jóvenes, este moderno plantel, éramos todos aún niños. Es difícil describir los sentimientos que nos trajeron a cada uno de nosotros a esta escuela, con la única excepción, quizá, de José Antonio Galván, que ya era un profesional del derecho.

¿Sería el afán de aventura, o una forma de rebeldía juvenil, o simple imitación? Quien sabe. Sin embargo, no me cabe duda que en un rincón del alma se anidaban valores y sentimientos patrióticos, sembrados por nuestros padres, familiares y maestros. Puedo asegurarles, que esa sociedad de los 60, atesoraba los valores patrios, y no daba tanta importancia a la ostentación ni a lo material. Proveníamos de un país y una sociedad muy distinta a la que hoy viven nuestros hijos, y nietos, en algunos casos. Chile era una especie de isla, apartada de los

grandes actores mundiales. Recién había llegado la televisión, y el hombre no había puesto su pie en la luna. Sin embargo, se vislumbraban los primeros signos de una época de agitación, que se manifestaría a través de fenómenos como la revolución de las flores, silo, la reforma estudiantil y los hippies. La efervescencia política y las revueltas callejeras se fueron haciendo parte del paisaje. No teníamos idea de los cambios trascendentales que experimentaría nuestra sociedad, de los enormes desafíos y amenazas que Chile tendría que enfrentar, ni menos, del rol protagónico que nos tocaría jugar desde nuestros tempranos años de juventud. La escuela naval fue, como debía ser, el crisol exigente donde nos transformamos en marinos, donde dimos los primeros pasos en el cultivo del liderazgo, donde iniciamos nuestro encuentro con la ciencia y la tecnología, y donde hicimos esas amistades navales, que perduran hasta hoy.

Cuando egresamos de la escuela, y juramos defender a la Patria.... "hasta rendir la vida si fuese necesario"... caímos en cuenta, de que ya no se trataba de un juego de niños, sino de una nueva vida. Embarcaríamos en ella a nuestras familias, inicialmente a nuestros padres y posteriormente a nuestras esposas e hijos. El crucero de instrucción en el buque escuela Esmeralda nos transformó en hombres de mar, nos acercó a la armada real y a su gente, y nos mostró diferentes culturas y realidades, abriéndonos una nueva visión del mundo que nos rodeaba. Pudimos comprobar el abismo que separaba a las sociedades en diversos lugares del mundo, con sus diferentes realidades políticas, económicas y sociales. Allí pudimos ver cómo funcionaban los diferentes modelos de sociedad, que en Chile eran materia de intenso debate.

Como oficiales subalternos, nos vimos súbitamente envueltos en las crisis que Chile debió enfrentar, afectando profundamente a la Marina, y poniendo a prueba tempranamente nuestro juramento. Debo reconocer que a principios de los 70, resultaba difícil... "obedecer con prontitud las órdenes de mis superiores"... al ver cómo tambaleaban las estructuras fundamentales de la nación. Fue en esa época cuando varios de nosotros nos casamos y formamos una familia, viviendo la incertidumbre y la inseguridad sobre nuestro futuro y el de nuestra querida Patria.

Finalmente, cuando sobrevino el pronunciamiento militar, nos dedicamos en cuerpo y alma a hacer nuestro aporte a la construcción de ese Chile promisorio, pero difícil de alcanzar. Pasamos angustias y peligros, salimos a las calles a resguardar el orden, pasamos largas noches protegiendo instalaciones, dejando a nuestras familias solas con la angustia de nuestra exposición a un peligro difícil de describir, para el cual no habíamos sido preparados. En ese período sobrevino además la crisis con Perú. Enfrentábamos un conflicto inminente en condiciones de extrema debilidad material. Ese conflicto sólo se detuvo por la resolución de nuestras autoridades, en contraste con el quiebre del gobierno de Perú. El país nunca supo el peligro en que estuvimos.

A los pocos años, y con mucho más despliegue diplomático y noticioso, se gestó la crisis con Argentina. En esos días de diciembre de 1978, las escuadras zarparon a la batalla, y su enfrentamiento sólo se pudo evitar por la intervención oportuna del papa. Hubiesen bastado unas horas más, o un acto imprudente de un marino o de un soldado, para que el conflicto fuese irreversible. Fuimos protagonistas de una época que marcó el destino de Chile, y que significó un punto de inflexión en nuestro desarrollo. Fuimos capaces no sólo de contribuir a normalizar el país y de evitar graves conflictos, sino de construir un país sólido y con una relación vecinal que nos permite navegar hacia horizontes más lejanos, donde la cooperación prevalece sobre las discrepancias ocasionales.

Superadas las crisis internas y externas, la Marina volvió a su actividad normal, mientras cada uno de nosotros forjaba su carrera en los respectivos cursos y en los años de embarco. Las familias también se consolidaron y crecieron, y junto con apreciar el genio creador e integrador de nuestras esposas, pudimos compartir con ellas y nuestros hijos, las más diversas experiencias.

Algunos tuvimos por primera vez mando de buque, y pusimos a prueba todos nuestros conocimientos, y por sobre todo, el liderazgo que nos distingue como oficiales de marina. Quienes no vivieron esa experiencia, tuvieron otros puestos de similar responsabilidad en organismos operativos o técnicos, donde apreciaron en una nueva dimensión los distintos ámbitos y matices de nuestra Marina. Algunos tuvieron el privilegio de enseñar en nuestras academias, transfiriendo su sabiduría y experiencia a los más jóvenes. Fue nuestra maduración profesional. Fue allí quizás, donde se establecieron las bases para integrar más tarde el alto mando naval.